

"El Fantasma del Campamento Tercera Parte: Uña de Plata"

Todo había terminado, por fin.

El sol ya se había puesto, completamente y los pájaros pronto empezaron a piolar.

El suave rumor del agua de La Laguna, se oía de fondo.

La Laguna.

Marcos.

Vicky.

Eli.

Las ligaduras de los pies y de las manos habían desaparecido, a causa del rayo; me levanté, con esfuerzo, y eché un vistazo a mi alrededor: todo seguía desierto,

ni rastro de los demás. "Necesito comer y beber algo", me dije, cuando la tripa me rugió, protestando. "Pero primero, debo cambiarme de ropa".

Sin perder tiempo, me dirigí hacia mi cabaña.

En cuanto entré, me di cuenta de que algo fallaba; las camas estaban perfectamente echas, y el pequeño cuarto en sí, estaba en perfecto orden.

No parecía que allí hubiera ocurrido nada.

Más bien, parecía tratarse de una broma pesada.

"Pero no lo es", me dije, totalmente convencida. "Sabes de sobra, que no lo es".

Me cambié, rápidamente, y antes de salir de la cabaña, me di cuenta, de que sentía la curiosidad de mirar en los armarios. "Sólo para asegurarme, nada más",

me dije, a la vez que me acercaban lentamente hacia los armarios. "Sólo un rápido vistazo, nada más..." Cogí uno de los pomos de la puerta con la mano temblando, y

abrí lentamente.

Asomé la cabeza, y entonces, me pareció que el corazón se me paraba.

Intenté contener las náuseas.

Fue entonces cuando empecé a gritar.

Dentro del armario, se hallaban mis otras dos compañeras de cabaña, y entre las dos, sonriéndome, se hallaba Eli.

Salí corriendo de la cabaña, sin dejar de gritar.

No podía ser verdad.

"No, desde luego que no", me dije, para tranquilizarme. "Todo ha sido una mala jugada de mi cabeza; en el armario, sólo habían los muñecos de primeros auxilios,

¡nada más!" La imagen del armario, volvió a mi mente.

Eli se hallaba entre ellas.

Parecían estar pasándose bien.

"No, no, no... ¡Es imposible! ¡Eli fue trasladada al tanatorio, la misma mañana en que hallé su cuerpo!" La cabeza empezó a dolerme. "Es imposible... Es..."

Ras, ras, ras...

Alguien se estaba acercando, arrastrando los pies. "Oh, no", me dije. "¿Y ahora qué?"

Me volví, lentamente.

Cuando vi de quién se trataba, empecé a gritar de nuevo.

Eli me miraba fijamente, a tan sólo dos metros de mí.

Sus ojos, hundidos, destellaban.

-Linaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa... -Gimió. El pánico me tenía paralizada. Se empezó a acercar, más y más, extendiendo los brazos hacia mí; entonces, grité:

-¡No, no, no! -Me tapé los oídos, cerré los ojos, y empecé a cantar-: "¿Dónde vas? No te pierdas la fogata, con el do whay diddy, diddy dam, diddy doo... Otra vez,

que la fiesta es pa'dar guerra, con el do why diddy, diddy dam, diddy doo..." -Las lágrimas empezaron a resbalar por mi mejilla, incontroladamente. Sé que parecía una

tontería, pero aquella canción, siempre me había protegido de pequeña.

Entonces, noté que una de sus manos, se posaba sobre mi hombro.

No fui capaz de dejar de cantar.

No fui capaz de abrir los ojos.

Sólo esperé a que ocurriera lo peor.

Sólo eso.

La mano me zarandó suavemente el hombro, pero hice caso omiso.

Poco después, dos manos robustas, me cogieron las mías, y las apartaron de mis oídos. Una voz de hombre que reconocí al instante, me preguntó:

-¿Lina? Lina, ¿estás bien? -Abrí los ojos de golpe, y me encontré con el rostro del agente del interrogatorio, el inspector López.

Miré a mi alrededor, con temor.

No había ni rastro de Eli.

Varios agentes habían acudido al campamento, y ahora lo estaban registrando todo.

Miré al agente, el cuál, me escrutaba con atención; le abracé y me eché a llorar de nuevo, ésta vez, más fuerte.

Él me devolvió el abrazo.

Estuvimos así, unos veinte minutos.

Luego, me apartó suavemente, y me dijo:

-Sé que todo esto ha sido muy duro para ti, pero, ¿tienes alguna idea de lo que ha sucedido aquí? -Negué con la cabeza; intentando que no me temblara la voz,

agregué:

-Cuando llegué aquí, ya estaba todo desierto... -El inspector asintió, y dijo:

-Ajá. ¿Y dónde has estado? -Le conté la historia, con calma, aunque no pude evitar nuevas lágrimas..

El inspector, iba cogiendo notas, y de tanto en tanto, soltaba un "Ajá", o simplemente, se limitaba a asentir con la cabeza.

En cuanto terminé, apuntó un par de cosas más en su libreta, y la cerró.

-Bien -dijo-. Ve a preparar tus bolsos. Dos agentes te acompañarán y harán guardia en tu cabaña -dicho esto, hizo una seña a dos agentes, los cuales, se

acercaron, con paso ligero-. Nosotros, acabaremos de registrar todo esto en un momento. Ya es hora de volver a casa, ¿no crees?

En cuanto tuve los bolsos listos, eché una última ojeada a la cabaña.

Había reunido el valor suficiente de echar otro vistazo dentro del armario; cómo era de esperar, éste, se hallaba vacío.

Ni rastro de los cadáveres.

Salí fuera, y cerré la puerta detrás de mí.

Los dos agentes, se volvieron hacia mí, al unísono, y uno de ellos, preguntó:

-¿Lista? -Asentí, bajando la mirada hacia el suelo-. Entonces, vamos. -Emprendieron el camino hacia la entrada del campamento, dónde nos esperaba el

inspector, con un coche policial.

Cargaron mis bolsos dentro del maletero, y me iba a introducir ya dentro del vehículo, cuando vi que dos agentes, con media cara oculta por una máscara,

extraían cuerpos envueltos en sábanas.

Me acerqué, lentamente a ellos, y me quedé mirando los cuerpos tapados que iban sacando.

-Será mejor que vuelvas al coche -me advirtió uno de ellos, al percatarse de mi presencia-. No te recomiendo que esté por aquí...

-Agente -dije, con un hilo de voz-. Sólo necesito saber, cómo murió ésta pobre gente...

-No creo... -Empezó a protestar.

-¡Necesito saberlo! -Le interrumpí, gritando-. ¡Tengo derecho a saberlo! -Se me quedó mirando unos segundos, y luego, soltando un gran suspiro, contestó:

-Por lo que sé, señorita, los cuerpos hallados y analizados allí -señaló un furgón-ambulancia-, han muerto en circunstancias extrañas, aunque han hallado plata

dentro de cada organismo... -Miró alrededor, para asegurarse de que, ni nos veían, ni nos oían, y extrajo una bolsita de pruebas; en ella, había una especie de uña, de

plata.

Me quedé hipnotizada, observándola.

ASÍ que ahí estaba.

-¿Puedo echarle un vistazo de más cerca?

-No sé si...

-Tranquilo, no manipularé nada, ni siquiera la sacaré de la bolsa... Por favor...

-¡Eh, Castro! ¡No te quedes ahí plantado cómo un pasmarote! ¡Mueve el culo, y ven a ayudarnos!

-No te muevas de aquí -me ordenó el agente-. Enseguida vuelvo. -Y se adentró de nuevo en el edificio.

Sin perder un segundo, me dirigí rápidamente hacia el coche del inspector, el cual, ya estaba haciendo sonar la bocina, impacientemente.

"¡Socorro! ¡Ayudadme! ¡Que alguien la saque de aquí! ¡Quiero recuperar mi cuerpo, mi mente! ¡Socorro!"

"Oh, cállate, maldita bruja", dije, para mis adentros. "Por fin vuelves a ser mía", me dije, observando la uña. "Y espera a que me surja la oportunidad de recuperar

a Marcos... Dáme tiempo... Necesito tiempo..."

El coche arrancó, haciendo chirriar las ruedas.

Eché un último vistazo atrás, pero el polvo causado por las ruedas, me distorsionaba la visión, pero sabía que atrás se quedaba el campamento, y con él, los atormentados años que había pasado hasta poder poseer de nuevo un cuerpo.